



LUIS CABAÑAS GUEVARA (pseudònim de MÀRIUS AGUILAR i RAFAEL MORAGAS), *Biografía del Paralelo, 1894-1934. Recuerdos de la vida teatral, mundana y pintoresca del barrio más jaranero y bellicioso de Barcelona. Barcelona: Memphis, 1945.*

«A MODO DE EPÍLOGO»

Cuarenta años de vida del Paralelo. ¿Ha envejecido el Paralelo en cuarenta años? Para un hombre representan la madurez. Para un barrio, quizás la infancia. Pero nuestro Paralelo, es decir, la imagen que llevamos en nuestra memoria, ésta sí: ha envejecido. Contemplándonos en el espejo vemos sus canas, que son las nuestras. Y evocamos sus fantasmas, antaño alegres realidades: los Onofri, Parreño, Miguel Rojas, Tormo, Font, Mir, Pepe Alfonso, Santpere, Sugrañes, Joaquín Montero y tantos otros pertenecen al reino de las sombras, y nosotros, los sobrevivientes, nos arrastramos en medio de melancólicas añoranzas crepusculares.



Quedan los recuerdos y las piedras. Nuestro Paralelo no puede morir como le aconteció a su antecesor, al bulevar del Crimen —boulevard du Temple— estrangulado por el crecimiento de París. El puerto y Montjuich le protegen y aseguran. Su existencia, su carácter, perdurarán con más o menos variantes. De no acontecer algo insólito e imprevisible será siempre tierra de promisión para saltimbanquis, feriantes, quirománticos, empresarios populares y escenarios frívolos. Los cafés seguirán siendo tan inmensos y albergando abigarradas peñas, donde sucesivas generaciones discutirán temas que juzgarán nuevos y serán eternos y sobados. El amor, más o menos escrito sin H, estará al acecho por doquier, y los enemigos del alma no dejarán de armar algún tresillo, en busca de almas débiles o extraviadas para hacer el cuarto. La carne es flaca, el mundo malo y al demonio cada año le crecen más los cuernos y las uñas. Es una res de cuidado.

Mas, a pesar de todo lo dicho, hay algo que no resucitará en el Paralelo, y quizás en el mundo — cierta alegría popular, infantil y bullanguera que formaba la atmósfera simpática, cómoda y sedante de aquel barrio en tiempos de la auténtica diversión. Hoy en día, los espectáculos, quizás

estén por lo general mejor presentados, y desde luego menos chabacanos y vulgares; los cafés de más categoría y lujo (exceptuando la infusión que les da el nombre) y las calles con más vigilancia y aseo. Pero, ¡qué importa!, antaño existió una mitología y una poesía del Paralelo, y éstas se han acabado para siempre. El crecimiento de la ciudad las ha matado por aplastamiento y asfixia. Una ciudad que pasa mucho del millón y medio de almas es un inmenso desierto, un cementerio de vivos, una colmena de hombres, o como se la quiera llamar; pero, en resumen, una aglomeración de personas que se ignoran y detestan mutuamente; que viven agobiadas por sus trabajos y cuitas, que nadie compadece, porque nadie conoce; que vegetan y mueren sin pena ni gloria en casas adocenadas, subiendo y bajando monótonas e inacabables escaleras, atronados todo el santo día por los mil ruidos de la moderna civilización, que ha inventado los coches y la radio, pero todavía no ha encontrado nada para que los tales inventos no nos atormenten los oídos día y noche, antes al contrario, nos amenaza constantemente con nuevos y desusados estruendos bélicos y pacíficos de toda clase, tamaño y naturaleza.

Si lo más dulce, el encanto de la vida, es el calor familiar y todo lo que se parezca a la forma patriarcal de tratar los asuntos y las personas, hay que convenir en que una ciudad monstruosa es el antifamilia y antesala del infierno. Algo así como una anónima, donde todo el mundo es subalterno de algo con quien no se puede dialogar, porque no ve, ni oye, ni siente.

Barcelona, hoy en día, se extiende y se dilata cada vez más. Ya desborda el regazo de los montes e inunda los llanos del Llobregat, donde hace tiempo huyeron las náyades y ninfas y actualmente desertan los patos silvestres y aves acuáticas, últimos representantes de la madre Natura y sus misterios por acá. La poesía se va, machacada con tantas apisonadoras y embadurnada por el asfalto maloliente.

Antes, cualquier acontecimiento en cualquier barrio de la ciudad tenía resonancia por todo su ámbito; ahora, nadie sabe lo que pasa en casa del vecino. El Paralelo poético y heroico de nuestros tiempos tenía una resonancia enorme por todo Barcelona. Sus historias y anécdotas se transformaban al minuto en leyendas que se repetían hasta la saciedad por cafés, despachos, talleres e incluso los

colegios, donde se comentaban las proezas de Raku y Ochoa y, a media voz, se referían casos y cosas de la Chelito, de las hermanas Jordi o del buen Santpere, quien para los adolescentes aquellos —éramos nosotros— se convertía en un tipo legendario, encarnación de todo cuanto había de más *tremendo* y *corrido* y *juerguista*. Esto es, al revés de lo que fué aquel excelente actor y excelente persona, más bien tímido y asténico en su vida privada.

Y entre el público del Paralelo y los escenarios no existía ninguna barrera, ni más distancia que la imprescindible para que el espectáculo se desarrollase con tranquilidad y orden aproximativo. Ahora es muy distinto. Más correcto, pero menos alegre. Incluso han desaparecido, entre tantas cosas, aquellos palcos proscenios de *corridos*, que eran todos grandes señores de títulos y nombres ilustres, siempre muy elegantes, con flores en el ojal y puros tremendos —al lado del cartel de «Se prohíbe fumar»—. Guiñaban simpáticamente el ojo a las artistas y a las del conjunto. Constituía un espectáculo más, y actuaban a manera de nexo entre el escenario y el espectador. Cumplían una misión por el estilo del coro en la tragedia griega. Pero tragedias posteriores les han enseñado a no

exhibirse. No es prudente en los tiempos actuales la ostentación, y presentarse con el cuello almidonado es como invitar a que nos corten el auténtico. Se acabaron los orondos y magníficos *corridos*. Además, eran viejos, y uno a uno salieron por el foro de Montjuich, más allá de su Paralelo, con los pies por delante, camino del cementerio del Sudoeste. ¡Dios les haya perdonado y les tenga en su santa gloria!

¡Cómo evoluciona el mundo!

Lanzando una mirada retrospectiva a través de sólo unos ocho lustros, que es un instante, y ciñéndonos al espacio del Paralelo barcelonés, microscópica mancha de la tierra, podemos observar que jamás ha sido semejante a sí mismo. Incluso el mundo de los barracones sigue la ley de la mudanza, y más durante los cuarenta últimos años, en que todo se desplaza a velocidades de vértigo.

Cuando el cine, a lo sumo, constituía un número de titiriteros, el melodrama desplegaba sus inacabables truculencias y las víctimas eran inevitablemente salvadas del malvado traidor por el alma noble de un buen galán que, de paso, daba su merecido al traidor, en medio de los

chistes del gracioso de la obra. Pierrot hacía de las suyas en la pantomima, entre un silencio enorme y expectante, ante un público que abría la boca para atender mejor. En alguna taberna se cultivaba el flamenco y el cuplé se hallaba en mantillas, apenas salido de la habanera y el chotis con melodías italianizantes y presumidillas. La aparición del gran guignol y el vodevil franco-locales dieron nuevo rumbo a los gustos del público, y las grandes figuras del cuplet «Fornarina», Carmen Flores, Raquel Meller y otras... empezaban a crear un género que luego alcanzó en algunas de sus producciones, como el «Relicario», la «Violetera» y «Valencia», los honores de la vuelta al ruedo del mundo. El Paralelo se hace mundial y las «varietés» internacionales llegaron a las faldas de Montjuich, donde se pueden leer los mismos nombres que en los bulevares de París o de no importa qué gran ciudad europea. De la Viena elegante anterior a la guerra del 1914 nos llega la música arrulladora, aristocráticamente sensual, de la opereta vienesa. Príncipes calaveras, viudas alegres, condesas, princesas, grandes cortesanas; todo aquel mundo riante y confiado que no tenía la experiencia del mal y del dolor, y, por consiguiente, hoy nos parece tan simpático y un poco tonto; de una tontería alegre,

acompañada por un vals de Franz Lehar, música y acción dulces y rollizas, a la par que una flor doble, una rosa sin espinas, producto estéril de una hábil jardinería.

También los noctámbulos de entonces en nuestra ciudad eran simpáticos y un poco atocinados. No fueron desenfrenados y derrochadores como los que se vieron durante la lluvia de oro que se proyectó sobre Barcelona en tiempos de la Gran Guerra. Pero sabían vivir. ¿Y quién no sabía cuando un panecillo (no hagan caso del diminutivo) sólo valía cinco céntimos y el cubierto más caro en los mejores restaurantes costaba un duro? ¡Tiempos dichosos, cuando las personas formales comían su cocido cotidiano y los juguistas se corrían cada juerga de veinticinco pesetas, todo comprendido!

Vino la guerra del año 14, no por muy anunciada menos inesperada, y con ella nos cayó encima una falsa prosperidad y una nube de gente de negocios y gente alegre que huían de la quema. Se dieron los primeros balances millonarios y todo el mundo pudo ganar en un año lo que el buen señor Esteve apenas conseguía con toda una vida de orden y de ahorro. Ahorro y orden, de virtudes, pasaron a ser ridiculeces. Los padres, alucinados por tanta

hermosura, dejaron de educar a sus hijos y prepararon la generación actual, que, como todas, es fruto e imagen de la anterior, aunque no se pueden ver mutuamente, y los viejos acusen a los jóvenes de ignorantes, frívolos y presumidos, y éstos repliquen tratando a sus progenitores de anticuados, pesados y cursis. Puede ser que ambos tengan razón, y no valga la pena de enfrascarse en disputas.

Por aquel entonces ocurrió poco más o menos algo de la mayor importancia. Surgió el «baile moderno». Todavía no había encontrado a su predicador, que es el *jazz*, ni a su profeta, que es la radio, pero ya desterraba y empujaba a las americanas, polcas, mazurcas, etc., como éstas arrinconaron a minués y contradanzas. Sólo resistió unos años el chotis, vejete achulapado y castizo que no se achicó, e incluso llegó a pavonearse al son de trombones y saxofones, como para demostrar que genio y figura duran hasta la sepultura.

Paralelamente, mejor dicho, con alguna anticipación nos había llegado el tango. Su origen era gaucho, pero su divulgación por Europa se debe a que lo lanzó París. Los primeros tangos argentinos bien bailados en Barcelona, creemos que se vieron con motivo de la *tournée* que, poco

antes de la guerra, hicieron por nuestra ciudad Max Linder y la Napierkowska. Su letra, de origen francés, era falsa y afectada. Con el tiempo han llegado los auténticos y no los hemos podido, con todo, aplaudir por el cambio.

Durante la guerra del 14, baja el nivel de las personalidades del Paralelo a, medida que Barcelona crece y se enriquece. El «género chico», que llevaba buen camino; y el cuplé, que se iba adentrando y civilizando, retroceden ante la invasión de un nuevo género. Es la época de las revistas. Su lujo —auténtico o fingido— es todo su valor. Deben citarse como excepción las organizadas por Fernando Bayés, que puso esmero en buscar buenos colaboradores y presentar los mejores números del país y del extranjero. Pero el gusto por las revistas lo invade todo y se han ido sucediendo como un mal crónico, arruinando a los demás géneros, y cada vez más vulgares, aburridas y hasta pobres —que es lo peor que puede pasar a una revista—, hasta que ahora, por la afluencia de elementos llegados del Centro de Europa, parece ser que el nivel ha vuelto a subir de una forma apreciable.

No es nuestro ánimo hacer la historia del teatro popular en Barcelona durante los últimos años. Nuestro tema es el Paralelo, y a él tenemos que referirnos.

¿Qué porvenir tiene el Paralelo? ¿Ha muerto ya? ¿Se halla en el período preagónico? No; los barrios, como las hadas, no pueden morir. Todavía quedan menestrales en la Barcelona vieja, hortelanos en San Gervasio y bohemios y comediantes en el Paralelo. Claro que hoy día la bohemia es poco divertida, pero el bohemio nace y lo es porque sí, no para divertirse. A lo sumo consigue —raras veces— divertir a los demás.

Y nuestro Paralelo de 1945 con nada mejor se podría comparar acaso que con un viejo y achacoso bohemio, de mucha alma —lo que la gente culta llama, no sin cierta pedantería, «vitalidad»—, que pasa inadvertido por las calles de una gran urbe, no muy bien vestido, ni de muy buen humor, pero con cierto orgullo, ya que de vez en cuando los hijos de algún viejo conocido, que ya murió, le saludan; alguno le invita a tomar una copita; menos, a comer; y casi nadie, a las tertulias caseras o peñas de cafés y círculos. El pobre está solo, pero le sostienen cierta



arrogancia y el convencimiento de que «algún día fué alguien», y «nadie le quita lo bailado».

Así Paralelo —aquel Paralelo— se va fundiendo y alejando dentro de una leyenda que lo embellece y conserva. Nada conserva tanto como una leyenda. Matusalén vivió cerca de mil años, porque se había formado una leyenda a su alrededor.

Nuestro Paralelo de la barba florida —a lo Santiago Rusiñol— o mejor quizás, de unas grandes patillas blancas, como las del difunto Vilumara, es inmortal. Del actual, nadie habla, nadie escribe. Una vez al año le organizan una fiesta mayor por la cara de su abuelo, y le dejan o nos deja en paz hasta el año que viene. Una gran ciudad no puede preocuparse del tipismo más allá de una vez al año.

Pero ahora, al momento de acabar, al poner punto final, nos asalta una duda, y la sinceridad nos obliga a ser francos con el lector. Durante todo este capítulo hemos ido machacando la idea de que el Paralelo de ayer es algo que acabó para siempre y que el de hoy no tiene sabor ni carácter. ¡Ah, si volviese aquel de nuestra juventud!

Pero, ¿y si todo fuese ilusión? Somos viejos y para nosotros el mundo es viejo. Nuestra memoria, henchida de recuerdos, se hunde y zozobra por un exceso de plenitud. El lastre del pasado nos impide ver el presente. ¿De veras que quisiéramos vivir en tiempos del mechero Auer, de las pantomimas y del tifus endémico en nuestra ciudad?

Hemos expresado la poesía del viejo barrio alegre de la ciudad; viejo, que no antiguo; y eso es todo. Años a venir, alguno de estos jóvenes que quizás nos irrita por su petulancia e irreflexión y hacia el cual puede ser que sintamos una secreta envidia, será también un anciano como nosotros. Vivirá de sus recuerdos, hallará que el presente no es tan ameno como el pasado y escribirá también sus memorias. Ponderará a los venideros la gracia, por ejemplo, del «Adiós, señor Pujadas» y contará maravillas de los «nidos de arte», «dancings», pistas de patinaje y fiestas mayores del Paralelo. Sabrá y referirá anécdotas que nosotros desconocemos sobre personajes que sin duda hoy son muy conocidos y populares sin que nosotros nos demos cuenta. En una palabra, se parecerá su libro al nuestro como una gota de agua a otra.

Esa es la verdad objetiva, abstracta. Pero no la nuestra interior. Nuestra verdad íntima consiste principalmente en poesía. Sin la imaginación, que todo lo poetiza, la vida no se comprende ni puede ser. Hasta el avaro que atesora y el mercader que cuenta, son unos imaginativos y poetas a su modo. Dejémonos, pues, de metafísicas, y menos por postres. Prometimos contar la vida del Paralelo durante el medio siglo de existencia que va desde su creación hasta nuestros días. Hemos acabado nuestro trabajo y nos hemos descargado con la mejor voluntad de la tarea. El lector no hallará más. Suponiendo que no lo haya hecho antes, cerrará ahora el libro y formulará juicio inapelable.

Sólo que, a lo lejos, oirá que doblan por nuestro Paralelo, el añejo Paralelo, las campanas de la parroquia de Santa Madrona, la virgen griega de Salónica, que vivía en su villa de Montjuich, la virgen del Paralelo. Por algo en Santa Madrona casó Rosita Rodrigo a su hija y en ella fué bautizada Raquel Meller.